

Me lo contaron las grullas

Eloy Barba

ÍNDICE

LA NOTICIA



LA VASIJA DE LOS DESEOS

EL PRIMER INCIDENTE

EL MÉDICO DE LA MONTAÑA

EL TREN DE IRÁS Y NO VOLVERÁS

DECLARANDO ANTE LA JUEZA

LA ÚLTIMA ABEJA

LA PISTA

LOS MIMOS

LA INSIGNIA

LA SOÑADORA Y EL NÁUFRAGO

UN NUEVO TRABAJO

La noticia

En la frutería, en el autobús, en el quiosco donde compraba cada semana mis revistas de pasatiempos, en todas partes comencé a escuchar la misma cantinela: «Me lo contaron las grullas en el parque.»

Era la frase de moda, así que la curiosidad me llevó a prestar más atención a las conversaciones en las que se mencionaba el asunto. Al parecer, según pude enterarme una mañana gracias a dos mujeres que charlaban en la cola del banco, una bandada de grullas se había establecido temporalmente en el estanque del parque del barrio. Al principio dudé de la veracidad de aquel comentario, pues las rutas de migración de dichas aves quedan muy lejos de nuestra ciudad. Además, en el periódico donde trabajaba como recopilador de cuentos no había leído ninguna noticia al respecto. Así se lo hice saber a las dos mujeres que me precedían en la fila, pero entonces una de ellas se sacó del bolso un folleto publicitario, entregándomelo con la satisfacción de quien le demuestra a un sabihondo que está completamente equivocado.

—Las grullas no están emigrando a ningún lado, joven. Han venido a nuestra ciudad porque el ayuntamiento las ha contratado para dar un concierto coral. Aquí lo pone bien claro. Y todos los periódicos lo han publicado, puede estar seguro de ello. Apuesto que incluso el suyo lo ha reseñado en sus páginas. Lo que pasa es que usted debe ser una persona muy despistada.

En eso tenía razón la buena señora. Y, en efecto, el folleto era el anuncio de un concierto de grullas trompeteras que iba a celebrarse dentro de catorce días en el auditorio municipal. Las entradas podían adquirirse con antelación en varios puntos de venta repartidos por toda la ciudad.

—Tendrá que darse prisa si quiere asistir, señor —me advirtió la otra mujer como si estuviese leyendo mis pensamientos—. Las entradas se están vendiendo como churros. Yo ya he comprado boletos para toda mi familia; dicen que será un espectáculo digno de verse.

—No lo dudo —dije sinceramente—. Pero díganme, ¿qué es eso de «me lo contaron las grullas»? No dejo de escucharlo por todas partes.

—¿Usted vive en la Luna o qué? —me preguntó la primera mujer mientras avanzaba un puesto en la cola. Yo ya estoy acostumbrado a que me hagan esa pregunta impertinente de vez en cuando, así que automáticamente respondo siempre lo mismo:

—Viví allí durante un tiempo, pero volví porque echaba de menos el viento en la cara. ¿Por qué me lo pregunta?

La mujer tardó en reaccionar. ¿Por qué nadie parece creerse que viví durante un tiempo en la Luna? En fin, cuando bajó de las nubes (por cierto, también viví unos meses entre las nubes, que lo sepáis), atinó a responderme:

—Se lo digo porque todo el mundo ha ido a ver ya a las grullas. Son grandes conversadoras. Han viajado tanto que se saben montones de historias procedentes de los lugares más exóticos que uno pueda imaginarse.

—Y cuentos, se saben muchos cuentos —apuntó su compañera de fila—. A los niños les encantan.

—¿¡Cuentos! ¡Historias! ¡Relatos!?! Pero si eso es lo mío! ¿¡Por qué no me lo dijeron antes!?! Tengo que irme ahora mismo, señoras. Gracias por la información.

Cedí mi puesto en la fila al hombre que esperaba detrás de mí y salí del banco sin importarme el tiempo que había desperdiciado ni el trámite bancario que dejaba sin solucionar. Para mí no hay nada más importante que los

cuentos; ese es mi trabajo, a eso me dedico. Quiero decir que me pagan por encontrar nuevos cuentos, recopilarlos, catalogarlos y registrarlos para la posteridad. Mi jefe, un tipo de lo más interesante, siempre me dice que un cuento perdido es más triste que un amor no correspondido. Si se enterase que he desperdiciado la ocasión de recoger nuevos cuentos en mi propia ciudad me despediría sin contemplaciones. ¿Entendéis ahora por qué he vivido en la Luna y en las nubes? Allí es donde viven los mejores cuentistas.

Tardé diez minutos en llegar al parque, pero ya desde lejos comencé a escuchar los agudos cantos de las grullas imponiéndose al ruido del tráfico. El parque municipal es un lugar encantado y encantador. Entre los arbustos de jazmines y las enredaderas de campanillas púrpuras y blancas viven gnomos de jardín, criaturas escurridizas que se convierten en gnomos de piedra si algún humano las descubre, aunque es harto improbable que algo así suceda. Son fumadores empedernidos, de manera que si veis una diminuta columna de humo ascendiendo desde las flores del parque, pensad que no siempre tiene que proceder de una colilla tirada incívicamente por una persona.

En la fuente del parque también vive una hermosa náyade, cuyo nombre todavía no he podido averiguar debido a su extrema timidez; cada vez que intento presentarme y conseguir que me cuente su historia y la de su familia se sumerge en la fuente y desaparece durante un buen rato. Pero en ese momento no se hallaba en la fuente; supuse que habría ido a visitar a alguna de sus numerosas hermanas que custodian el río que atraviesa nuestra ciudad. Rodeé la fuente y caminé hacia el estanque, situado junto a las dos altas puertas de rejas de hierro por las que se accedía al parque desde la Glorieta del Teleférico. Sin embargo, no fue necesario que llegase hasta el estanque, porque las grullas estaban ensayando sus cantos en el templete de música que se interponía entre aquel y los toboganes para niños. Me

mezclé con el grupo de personas que rodeaban el templete escuchando con entusiasmo los agudos cantos de las aves y abrí la aplicación de la grabadora de voz de mi teléfono móvil, dispuesto a registrar aquel acontecimiento sin igual.

Eran seis las grullas que entonaban una hermosa y melódica canción, formando un círculo imaginario alrededor de un atril que sostenía un libreto de partituras musicales. Eran altas, estilizadas y elegantes. Sus coronillas rojas relucían incluso por encima de sus brillantes plumas blancas, despertando la envidia de algunas encopetadas damas con sombreros caros que había repartidas entre el público asistente. Concluido el ensayo, se les acercaron varias personas que querían conocerlas, pedirles autógrafos y rogarles que contasen historias o cuentos, a los cuales se suponía que eran tan aficionadas.

Una de ellas logró desembarazarse del asedio de sus fans y voló hacia el estanque desplegando sus alas como delicados y frágiles paraguas. La seguí hasta allí sintiéndome torpe e insignificante. Seguramente era lo que pensaban todos los que estaban observándola en aquel momento. La grulla percibió mi llegada y me saludó agachando el pico casi hasta el suelo. Era solo un poco más baja que yo, y sus ojos negros y nítidos reflejaban una cálida sinceridad. Al instante supe que aquella grulla y yo forjaríamos una amistad duradera a poco que nos conociéramos mejor.

Correspondí al saludo y me presenté:

—Buenos días. Encantado de conocerle; mi nombre es Ramiro Calabazas. Verás, yo me dedico a recopilar cuentos de aquí y de allá para mi periódico; por eso me gustaría mucho hablar contigo.

—¿Recopilador de cuentos? Qué bonita profesión tiene usted, señor Calabazas. Le diría mi nombre verdadero, pero el idioma de las grullas es demasiado complicado para ustedes y no tiene equivalente en ninguno de los idiomas

humanos. Por esa razón, mis hermanas y yo hemos adoptado nombres más familiares para vuestros oídos. Así que puede llamarme Margarita; mis hermanas se llaman Azucena, Camelia, Jazmín, Lila y Orquídea.

—Son todos nombres preciosos —dije, y no mentía al afirmarlo.

—Es usted muy amable, Ramiro. Me cae bien. Dígame, ¿quiere escuchar una historia ahora?

—Sería un verdadero placer. ¿Me concederías permiso para grabarla con mi teléfono móvil, y tu autorización para publicarla en mi periódico? Así podré concentrarme en el relato, y cuando vuelva a mi periódico lo pasaré a texto en el ordenador. Es un sistema de trabajo que suelo seguir, pero si no es de tu agrado no tienes más que decírmelo.

Margarita se acercó a mí sin sacar sus delgadas patas del estanque. Algunas hojas de loto se enredaron en ellas, como collares vegetales arrastrados por la corriente de agua.

—Puede grabar la historia si así lo desea y publicarla sin ningún problema. Avíseme cuando esté listo para empezar. Lo que voy a contarle sucedió en Japón hace más de doscientos años. En aquel país se conoce con el título de «La vasija de los deseos».

—Interesante. Dame un segundo, Margarita —le rogué mientras buscaba la aplicación en mi móvil. Un hombre que llevaba a su hijo pequeño de la mano se acercó a nosotros disimuladamente. Había escuchado que la grulla se disponía a contarme un cuento y quería que su hijo lo escuchase. A Margarita no pareció importarle, así que yo tampoco puse objeción alguna—. Ya estoy listo, Margarita. Puedes comenzar cuando quieras.

La vasija de los deseos

Katashi era un humilde campesino que vivía en la prefectura de Ibaraki cultivando melones en una pequeña huerta. También tenía a su cuidado un fértil peral, pimientos y cañas de azúcar que crecían junto al río. En verano acudía cada mañana al mercado de la ciudad más próxima para vender sus productos. Poseía solo lo justo para subsistir, pero era feliz viviendo en el campo donde nacieron sus antepasados y pescando en el lago de vez en cuando.

Un día, mientras araba en su huerta, Katashi golpeó con la azada un objeto duro que estaba enterrado entre las plantas de pimientos. Al desenterrarlo descubrió que se trataba de una vasija de cerámica. Era ancha, pesada, y tenía una tapa esmaltada que la azada había desconchado ligeramente. Estaba vacía, y el campesino no tenía idea de cuánto tiempo podía llevar enterrada allí. Como era hermosa y estaba bien conservada, pensó que podía venderla por unas cuantas monedas en el mercado. Con el dinero que sacara podría completar lo que le faltaba para comprarse el carro nuevo que necesitaba desde hacía tiempo, y que no podía permitirse con sus ingresos habituales.

A la semana siguiente se la llevó a la ciudad dentro de una bolsa de tela y la colocó en su puesto del mercado, tras las frutas y verduras que había recolectado aquella misma mañana. Estaba pensando cuánto dinero podía pedir por ella, cuando llegó el primer cliente del día, el cual, señalando la vasija le preguntó:

— ¿Tiene sal en este recipiente? Se lo pregunto porque estoy buscando sal gruesa y no encuentro quien me la venda en este mercado.

—Es un mercado de frutas y verduras. Tendrá que comprarla en otro sitio —respondió el campesino

encogiéndose de hombros, a la vez que se sorprendía al comprobar que su vasija llamaba la atención tan pronto.

—Bien. Y entonces, ¿qué contiene la vasija? A lo mejor me interesa, también necesito azafrán —insistió el hombre.

—No hay nada dentro —respondió Katashi destapando la vasija para que el hombre pudiera verlo con sus propios ojos—. Pero puedo venderle la vasija si le gusta, ¿cuánto estaría dispuesto a darme por ella?

El hombre echó un vistazo al interior del recipiente y luego miró al campesino con cara de desconcierto.

—¿Está tratando de gastarme una broma? Eso de ahí parece sal gruesa de la mejor calidad. ¿A cuánto la vende? Me la llevo toda.

El campesino pensó que aquel hombre estaba mal de la cabeza, pero cuando fue a ponerle la tapa a la vasija y vio que estaba llena hasta arriba de sal, creyó que él mismo era quien se había vuelto loco de repente. Tuvo que tomar un puñado de sal y dejar que se le escurriera entre los dedos para convencerse de que no se trataba de una alucinación. Cuando al fin salió de su asombro, acordó con el cliente un precio razonable y pesó la sal. Había justo la cantidad que necesitaba el hombre.

El cliente se retiró satisfecho por la compra realizada, y un instante después se acercó una anciana interesada en comprar un par de pimientos y un melón. El campesino se los dio a elegir y le preguntó si quería algo más.

—¿Tendría por casualidad pasta de soja?

—No sé. Deje que mire si me queda algo —dijo el campesino destapando otra vez la vasija, pues sintió curiosidad por comprobar si el extraño suceso se repetiría. Y, en efecto, el recipiente contenía inexplicablemente el

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

